

## **LA CRISIS MONETARIA Y EL NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL**

Ma. Irma MANRIQUE\*

*RESUMEN: La crisis económica capitalista es más que un fenómeno temporal o coyuntural; se deriva de una crisis de sus propios mecanismos y de las estructuras internacionales creadas por el mundo capitalista desarrollado. La crisis del sistema monetario internacional puede considerarse simultáneamente como causa y efecto dentro del contexto de la crisis mundial actual. Es en interés de los países industrializados, particularmente del imperialismo norteamericano, que se imponga un nuevo orden económico internacional para preservar su hegemonía. Así se puede explicar la adecuación de ciertos instrumentos e instituciones tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.*

### *Nuevo orden económico internacional*

El surgimiento oficial del NOEI, durante sendas Asambleas de Naciones Unidas, primero en el mes de mayo de 1974 cuando se establece la *Declaración y Programa de Acción de un Nuevo Orden Económico Internacional*, y luego en la *Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados* en diciembre del mismo año, viene a ser el resultado de otras tantas declaraciones, debates y discusiones en conferencias y foros de tipo internacional, donde la *necesidad* de establecer un nuevo orden

\* Investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

económico internacional es la preocupación central de los países ricos y de los países pobres.

La demanda de un nuevo orden económico internacional se formuló en un periodo de agitación económica sin precedente en el mundo de la postguerra. Los países industrializados empiezan a experimentar perturbaciones económicas desconocidas desde las agonías de la Gran Depresión de los años treinta. El sistema internacional creado por ellos empezó a presentar síntomas de graves desequilibrios.

Queda atrás un periodo de crecimiento económico sin paralelo. El producto mundial, obra del mundo desarrollado en su mayor parte, se triplicó en los veinte años que van de 1950 a 1970, lapso en que se creó la mayor parte de la capacidad industrial del mundo.

Esta maquinaria industrial creada por los países ricos es enormemente poderosa. Alimentó durante largo tiempo la creciente demanda en el mundo occidental, estimulada por el suministro de petróleo abundante y barato.

Esto último promovió, a su vez, el crecimiento del consumo de energía a una tasa calculada entre el 6 al 11 por ciento, pero al mismo tiempo alentó la extravagancia y el desperdicio. Así también, los países industrializados consumieron cerca del 70 por ciento de la producción mundial de los nueve minerales más importantes en la industria (excluido el petróleo).

Asimismo sabemos que el llamado Tercer Mundo, económicamente atado a la maquinaria industrial, se vio obligado, la mayoría de las veces, a vender al precio determinado por los mecanismos del mercado internacional que funcionó y funciona en beneficio de los países industrializados importadores.

Desde el inicio de los años setenta, ya era claro que el acelerado ritmo del crecimiento económico observado hasta la década anterior menguaba. El sistema económico en su conjunto empezaba a dar muestras de debilitamiento y de caos y el sistema monetario internacional establecido en Bretton Woods se derrumbaba ante la inconvertibilidad de la divisa clave.

Esto provocó serias perturbaciones financieras que se conjuntaron con una inflación a nivel mundial, graves dislocaciones en el comercio internacional y enormes dificultades por los desequilibrios de balanza de pagos en muchos países.

Todo ello contribuyó a crear movimientos erráticos de los precios de la mayoría de los productos primarios, los que por causa de sus mercados inestables ya estaban sujetos a fuertes fluctuaciones. Los precios de los productos industrializados crecieron cada vez más, en parte como consecuencia de la mayor demanda y en parte porque las de-

mandas de salarios superaban con mucho los aumentos de la productividad de la mano de obra.

Estos acontecimientos no sólo ponían en peligro las perspectivas de crecimiento de los países industrializados sino que se tradujeron además en aumentos continuos de valor de las importaciones de la mayoría de los países del Tercer Mundo.

La difícil situación que se le plantea al mundo subdesarrollado se ventila en la *Estrategia de Desarrollo del Segundo Decenio de Desarrollo* de las Naciones Unidas, adoptada solemnemente en 1970 y revisada en 1973; no obstante el tiempo, tinta y papel dedicado a ella, apenas si fue tomada en serio por los países industrializados e hizo que prevaleciera entre los países del Tercer Mundo frustración y desaliento.

A pesar de no haberse logrado avance alguno en estos terrenos, abonados solamente por el interés de los más fuertes, acontece un hecho históricamente fundamental para el mundo subdesarrollado, y éste es la formación de la OPEP, la cual decide utilizar su posición de fuerza y aumenta el precio del petróleo crudo alrededor de cuatro veces sobre el precio prevaleciente hasta entonces.

Esto se tradujo, pese a las amenazas de represalias militares de los países industriales, en una transferencia transitoria de 2 por ciento del PNB de los países industrializados hacia los países de la OPEP; pero también, en cierta forma, contribuyó a acelerar la recesión de la actividad económica iniciada en 1972. La situación mundial se agravó ante el incremento de los precios de los alimentos básicos de tres a cuatro veces entre 1970 y 1974.

El impacto total de todos estos acontecimientos se hizo sentir en el mundo desarrollado en 1974 y 1975, cuando la recesión asumió las proporciones más altas desde la Segunda Guerra Mundial. Los esfuerzos de los economistas por explicar la *stagflation*, y más que nada por resolverla, se tropezaron ante la impotencia de su instrumental teórico: el modelo keynesiano que fuera en un tiempo remedio contra las crisis, se plantea como inadecuado e inútil.

La crisis económica capitalista se presenta como algo más que un fenómeno temporal o coyuntural; es una crisis de los propios mecanismos y estructuras internacionales creadas en gran medida por el mismo mundo capitalista desarrollado.

#### *La crisis del sistema monetario internacional en la «crisis»*

La crisis del sistema monetario internacional puede ubicarse simultáneamente como síntoma y efecto en el contexto de la crisis mundial actual.

La realidad cotidiana desde la década de los años setenta se caracteriza por quiebras fabriles, desocupación, violencia, ideologías de austeridad, crisis del pensamiento sobre la «crisis». Numerosos factores económicos, políticos e ideológicos emergen y se articulan para constituir un conjunto que desemboca en el cuestionamiento de las tendencias fundamentales características del sistema económico del capitalismo, lo que significa contradicciones en la estructura de las relaciones de clase.

Esta dificultad o imposibilidad del sistema para reproducirse a escala ampliada sin una transformación cualitativa de las relaciones de clase que le sirven de base, es decir, sin una rectificación estructural del modo de extracción, de distribución y de gestión de la plusvalía a nivel global, anuncia y requiere las condiciones de tránsito a un nuevo patrón de acumulación capitalista, tanto a nivel mundial como en los ámbitos nacionales.

Resulta inequívoco que la tendencia descendente de la tasa de ganancia ha terminado por llevar a su agotamiento un esquema de acumulación que caracterizó a una larga etapa de desenvolvimiento del capitalismo mundial; de la misma manera, se puede decir que en la base de la crisis actual se da una contradicción fundamental entre las relaciones sociales de producción capitalistas, por un lado, y el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas y las nuevas exigencias sociales de los trabajadores, por otro.

Desde el punto de vista económico, la crisis se manifiesta en recesión profunda y dilatada de la actividad económica, descenso en la tasa media de ganancia, con quiebras de empresas, disminución del tiempo de trabajo y un desarrollo acelerado del paro. Pero esta recesión se vuelve mucho más desequilibradora para el mundo capitalista, tanto para países desarrollados como subdesarrollados, en cuanto se articula con la inflación estructural; la inestabilidad se introduce en los mecanismos de pago y se ve considerablemente agravada debido a la extensión y agudización de la crisis del sistema monetario internacional y los trastornos de los intercambios comerciales internacionales.

Al mismo tiempo, la inflación mundial es el resultado del conjunto de contratendencias que contrarrestan la baja de la tasa de ganancia y constituye el cimiento de la crisis del sistema monetario internacional, que no es sino el primer síntoma de la crisis de sobreacumulación. La inflación, expresada en precios, se define como un intento continuo a escapar a la ley del valor para aumentar la tasa de ganancia limitada por la plusvalía que se extraería en su ausencia.

La crisis del sistema monetario internacional se resume sencillamente en la inestabilidad de un medio de pago que sirve de patrón. Esta situación ha dado lugar a toda una serie de maniobras especulativas, ha estimulado la guerra comercial, ha incrementado el interés del dinero y tiende a aumentar la cotización de las principales materias primas; pero, sobre todo, desvía las inversiones productivas a largo plazo en favor de una disponibilidad de capitales líquidos listos a seguir las relaciones de fuerza que se manifiestan en el mercado mundial del dinero.

La crisis del sistema monetario internacional es la crisis del dólar, al que los acuerdos de Bretton Woods otorgaron el papel de moneda «clave» o divisa internacional, basándose en el predominio económico y político de los Estados Unidos.

Habría que reconocer que, por una parte, esta crisis del dólar ha sido permitida por el deterioro del predominio político norteamericano y, por la otra, determinada por las contradicciones económicas para contrarrestar el descenso en la tasa de ganancia.

El Estado norteamericano y las empresas trasnacionales utilizaron en todo el mundo —así como otros Estados también lo hicieron— la ampliación de la base crediticia y la moneda, muy por encima de la expansión productiva correspondiente.

Esta situación permite que la nación norteamericana y las empresas trasnacionales se vean beneficiadas, pues en esta forma pueden comprar la mitad del mundo a partir de 1945, con «dólares de papel» y créditos financieros norteamericanos sin contrapartida.

Las consecuencias inflacionarias de tal «expansión» de reservas mundiales y de los pasivos norteamericanos convertibles en oro, cinco veces mayores que el total del oro y otros activos de reserva en poder de Estados Unidos, condujeron al derrumbe virtual del sistema monetario internacional creado en 1944.

Al tiempo que salen los capitales norteamericanos de los Estados Unidos y contraen nuevas deudas en el exterior, también la balanza comercial norteamericana registra un déficit tal que los acreedores de dólares intentaron deshacerse de ellos, lo que en primera instancia provocó la declaración de la no convertibilidad —en diciembre de 1971— y dos devaluaciones sucesivas. Finalmente, la decisión de modificar los tipos de cambio fijos por tipos de cambio flotantes tuvo la finalidad de desvalorizar el dólar de modo regular.

La credibilidad del dólar quedó definitivamente afectada y el desequilibrio del sistema de pagos internacional no puede resolverse si no se instauran nuevas reglas del juego, que exigen una confrontación tanto más peligrosa cuanto que se produce en plena crisis.

El otro aspecto del desequilibrio permanente del sistema monetario internacional es la acción objetivamente especulativa de los capitales flotantes de las trasnacionales. La existencia, por ejemplo, de los «euro-dólares» torna ficticio cualquier control de cambios que no se sujete a las operaciones internas de las trasnacionales.

La crisis monetaria internacional es, pues, el resultado de la intervención del Estado capitalista hegemónico a nivel mundial y de la internacionalización del capital, es decir, de las dos contratendencias esenciales, encaminadas a elevar la tasa de ganancia del capital monopolista. En este sentido, constituye síntoma de la crisis sobre la cual desemboca el juego contradictorio de las tendencias y contratendencias, características del capitalismo avanzado.

Así, la batalla del capitalismo avanzado hacia un «nuevo orden» es el avance del imperialismo para superar la crisis mediante un acelerado proceso por internacionalizar el capital y por abrir nuevos mercados.

Es esto una modalidad del *modelo* en el que se determina una acumulación intensiva y sostenida en los centros dominantes y débil e inestable en la periferia; mediante la absorción del excedente generado en la periferia y su transformación en los centros, vinculándola al modo de intercambio desigual.

La sobreacumulación se ve superada por la inversión en el extranjero, y por consiguiente por la penetración en todo el ámbito mundial, no sólo para expoliar las riquezas sino principalmente como ocasión de invertir los capitales que se mueven atropelladamente en los mercados financieros de las principales plazas del mundo capitalista.

Resulta meridianamente claro que en este «nuevo orden», se busca una nueva división internacional del trabajo que abarque de manera cada vez más estrecha el conjunto de la economía mundial, que ponga en marcha nuevas relaciones de dependencia y donde las empresas trasnacionales constituyen los centros de decisión.

En el ámbito de esta crisis estructural, en el centro de la cual se cierne la crisis del sistema monetario internacional, la situación financiera de los países pertenecientes a las áreas dependientes y subdesarrolladas se ve, por lo tanto, seriamente comprometida, pues las transformaciones del capitalismo mundial redefinen las relaciones de dependencia e imponen cambios profundos en las estructuras económicas y sociales y en sus expresiones políticas.

Es indudable que ésta es una de las principales razones por las cuales se van estrechando los márgenes de un desarrollo nacional independiente, acentuándose la dominación en forma directa a través de la penetración creciente de las trasnacionales y, en forma indirecta,

mediante la imposición de nuevos esquemas de política económica que favorecen los requerimientos de los grandes centros capitalistas.

No es de extrañar, por lo tanto, que el progreso del Nuevo Orden Económico Internacional en las conferencias monetarias mundiales, primordialmente en la de Jamaica en enero de 1976, donde supuestamente se sientan las bases primeras para una Reforma al Sistema Monetario Internacional, hayan llegado a una virtual suspensión, y que toda la problemática en torno al área financiera —reforma monetaria, financiamiento del desarrollo y como parte nodal de ésta, la deuda del Tercer Mundo— estén prácticamente frustradas.

Lejos de obtener avances positivos, los países del Tercer Mundo han sufrido serios reveses, pues las deudas casi se han triplicado en condiciones de «endurecimiento»: con plazos de vencimiento más cortos y tasas de interés más altas, al tiempo que los onerosos requisitos para su obtención estrechan las posibilidades de los más pobres.

Si bien es cierto que el valor real de la deuda en dólares, ante las devaluaciones de esta divisa, aparentemente se ha reducido, el hecho de que esta moneda siga siendo moneda de reserva ha significado, a su vez, devaluaciones de las monedas de los países subdesarrollados que de una u otra manera se encuentran ligadas al dólar.

Las presuntas medidas para desmonetizar el oro y reemplazarlo por Derechos Especiales de Giro (DEG) o por alguna otra divisa universal de reserva similar, han llevado de una parte al refuerzo del oro y al aumento de su precio, en detrimento de los países que no poseen reservas auríferas, a saber, la mayoría de los países del Tercer Mundo.

Y por la otra, habría que recordar que, en general, los DEG y otros fondos creados por el Fondo Monetario Internacional son tan insignificantes ante las necesidades reales del Tercer Mundo, que no alcanzan a representar más que el uno por ciento del monto de su actual deuda externa.

### *El NOEI y el Fondo Monetario Internacional*

El interés de los países más importantes dentro del capitalismo internacional, principalmente Estados Unidos, imponen un *nuevo orden económico internacional* para preservar y afianzar su hegemonía en el área capitalista.

En este sentido es que se explica la adecuación de ciertos instrumentos e instituciones concebidos originalmente como organismos de cooperación y de regulación internacional, tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Hasta el momento, el Banco Mundial ha cumplido la función de facilitar la adecuación de las economías subdesarrolladas a los nuevos esquemas de división internacional del trabajo y de internacionalización del capital, incluyendo la penetración de las transnacionales en la producción de productos primarios de estos mismos países; esta actitud la reviste de un carácter pretendidamente ideológico con el que aparenta hacerse cargo de los problemas de regresividad en la distribución del ingreso, de la insuficiencia de alimentos y de la pobreza que afecta a gran parte de la población mundial.

El Fondo Monetario Internacional, por su parte, se constituye en la máxima autoridad internacional para uniformar las políticas económicas internas de cada país, en función de los requerimientos del «nuevo orden» capitalista; y lo hace también encubriendo los verdaderos propósitos, en formulaciones de apariencia teórica y técnica «neutral», cuyo sentido ideológico real es igualmente necesario conocer.

El planteamiento teórico del Fondo Monetario Internacional, que en la praxis se conoce como política «monetarista», es aconsejada por este organismo supranacional y cuyo instrumental de análisis hace tiempo Keynes y sus seguidores creían haber superado, pero que parece interpretar mejor en este momento las necesidades de la burguesía internacional y de muchas burguesías nacionales.

La aplicación de las políticas de «austeridad», donde se induce al desempleo, «en la medida necesario», resulta ser la mejor forma de doblegar a los sindicatos, así como la práctica de «disciplinarlos» con reducciones salariales. Resulta una meta impostergable el desplazar al capital «ineficiente», como lo califica Mandel, por medio del libre-cambio internacional y de las altas tasas de interés, a más de las reducciones tributarias a las ganancias y los altos ingresos y del aumento de los impuestos que pagan los asalariados, así como del corte drástico del gasto público, en aquellos renglones que reducen el salario social. Todas ellas son medidas que deben conducir a la elevación de la rentabilidad del capital a largo plazo.

El efecto de estas medidas en el corto plazo tienen efectos violentos sobre algunas fracciones del capital, no obstante se prevé que una vez doblegada la fuerza de la inflación, redunde en una «acumulación positiva», aunque siempre delimitada por un crecimiento lento de la oferta del circulante, cuyo exceso, según Milton Friedman, es la causa última de la inflación.

La liberación de los precios de los «factores de la producción» forma parte del esquema; no obstante, contradictoriamente, los salarios deben caer por debajo del nivel fijado por las fuerzas del mercado: las tasas de interés deben mantenerse por encima del nivel que

alcanzarían bajo el libre juego de la oferta y la demanda de los fondos prestables y las tasas de cambio establecerse en tal proporción que el capital exportador se vuelva más rentable; y a pesar de las reiteradas protestas de los monetaristas acerca de la intervención del Estado, provocar un Estado que asuma formas dictatoriales y represivas, con tal de que mantengan las condiciones descritas.

En América Latina, principalmente, el «monetarismo» abre pues ciertas posibilidades para restaurar las condiciones de largo plazo de la acumulación de capital que se venían cerrando, en gran parte por el avance de las luchas democráticas y populares. Y de aquí también, la demanda progresista de un NOEI, como opina Gunder Frank, donde pueda planearse con éxito, aunque sea parcialmente, para incrementar la represión política de las masas por las burguesías locales del Tercer Mundo que se encuentran aprisionadas por la crisis del viejo orden económico internacional.

Por ello es que para los países subdesarrollados no se trata, sin embargo, de una opción entre participar en las discusiones sobre un nuevo orden económico o no hacerlo, ya que el capitalismo internacional viene imponiendo en los hechos un orden nuevo, que los enfrenta a la necesidad de movilizar sus propias fuerzas para defender sus intereses nacionales ante un sector dominante de países desarrollados que, aunque no es homogéneo pues en su seno se debaten fuertes contradicciones de intereses, de posiciones y hasta de circunstancias, estas contradicciones no llegan a ser de carácter antagónico. Debe recordarse que frente al Tercer Mundo, como ante el sector de países socialistas, estos países que conforman el grupo dominante, mantienen y expresan una posición básicamente coherente y solidaria aunque se expresen diferencias de opiniones y de políticas. No obstante, los intereses de este grupo que representa al imperialismo prevalecen en lo esencial. En el trasfondo, estos intereses se conjugan en el deseo concreto de llevar en un proceso de expansión acelerado y vigoroso a las corporaciones transnacionales.

Lo importante es pues que ese enorme contingente de países que conforman el llamado Tercer Mundo, que carece prácticamente de una tradición de relaciones mutuas y con escasos vínculos de comunicación, empiecen a unir fuerzas y formar frentes.

No sin alguna razón, en el seno de la élite financiera norteamericana campea, con aire triunfalista, la seguridad de un «mítico» Tercer Mundo. Y así lo declara un director económico de una gran empresa transnacional en los Estados Unidos: «el Tercer Mundo no es una realidad [...] es un mito que sea un grupo homogéneo unido por similares intereses económicos y capaz de actuar de acuerdo con esos

intereses [...] no son más que 130 países subdesarrollados". Añade que sólo ciertas actitudes muestran coincidencia: nacionalismo intenso, hipersensibilidad para las concesiones a los extranjeros, un cierto interés por la ideología socialista, pero donde las divisiones objetivas son muchas.

Por lo tanto, un proyecto de NOEI representativo de los intereses y aspiraciones del Tercer Mundo, como observa Maza Zavala, considerando la heterogeneidad de los componentes de éste, dadas sus contradicciones internacionales e interregionales y dadas las interrelaciones entre el proceso de cada país y el desarrollo capitalista trasnacional, plantea cuestiones tan complejas como la existencia

de la nación, de la unidad nacional, de la conciencia nacional, del interés nacional, como expresiones orgánicas y funcionales de una convergencia limitada y específica de actitudes, situaciones, circunstancias, metas y objetivos de la acción humana y social circunscrita en un espacio geográfico y definido por un proceso histórico, que obligara a una lealtad fundamental... superior a cualquier contradicción que pudiera tener lugar en el espacio / tiempo / proceso así delimitado como correspondiente a lo nacional. El problema básico... es la existencia... de un proyecto nacional, como prelativo al problema... de la existencia de un proyecto multinacional, del Tercer Mundo...

No obstante la complejidad de tal situación, habría que alentar los esfuerzos de algunos grupos de países tercermundistas, como el de los No Alineados, quienes en diversas formas han intentado establecer una barrera de protección contra la velada pero firme decisión del viejo orden económico internacional por permanecer, extenderse e intensificarse, cubriéndolo con ropajes que lo hagan aparecer como «nuevo», en la transición hacia un nuevo modelo de acumulación.

Una primera línea de acción constructiva radica en la profundización y divulgación del problema que representa un nuevo orden económico internacional, de modo que se tome conciencia generalizada sobre lo que verdaderamente está en juego.

Carece de objetividad el refugiarse en posiciones que subestimen el carácter reformista de las proposiciones por considerar que no existe justicia en un orden internacional mientras el imperialismo subsista. Más bien habría que pensar que la recuperación de la tasa de ganancia en un nuevo modelo de acumulación es el centro del «nuevo orden» que se viene imponiendo en los hechos y frente al cual se creen, como opinan algunos investigadores latinoamericanos, lazos objetivos

de comunidad de intereses entre la clase obrera de los grandes países capitalistas y los trabajadores de los países del Tercer Mundo.

Existe la esperanza de que ante la debilidad de los países pobres en la lucha en favor de transformaciones progresivas del orden económico internacional, se puede encontrar una contrapartida en las fuerzas sociales del interior de las grandes potencias, con la lucha de la clase obrera.

Por ello es que con el centro del debate sobre el «nuevo orden» seguirán habiendo posiciones disímolas y contrapuestas, pero sin perder de vista la crisis mundial que es el verdadero trasfondo y el móvil de la búsqueda de un nuevo patrón de acumulación en los marcos de una nueva división internacional del trabajo.

Las condiciones que impone el actual orden económico internacional no hacen sino profundizar el deterioro de las economías subdesarrolladas, disminuyendo su poder adquisitivo, y haciendo crecer su deuda externa.

Se impone, por tanto, una desmitificación del contenido ideológico y de los intereses encubiertos en las concepciones planteadas hasta ahora sobre cada una de las proposiciones específicas que se desprenden de ellas, así como en las concepciones «teóricas» y en las prácticas de sus políticas que exhiben organismos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Aun cuando en la esfera de la cooperación monetaria y financiera del movimiento de países No Alineados se trabaja tenazmente para alcanzar objetivos básicos considerados como fundamentales en el nuevo orden económico internacional, son previsibles otros factores de inestabilidad provocados por la competencia intercapitalista que se expresa en devaluaciones sucesivas de las unidades monetarias del mundo industrializado, lo que posterga por tiempo indefinido la viabilidad de soluciones duraderas para el sistema monetario internacional y de un «orden financiero» en qué apoyar el desarrollo de sus relaciones económicas externas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Altwater, Elmar. "Crisis económicas y planes de austeridad", en *Tran-sición*, Barcelona, octubre 1978.
- Banco Mundial. *Informes Anuales*, de 1974 a 1979.
- Bhagwati, Jagdish. *La economía y el orden mundial en el año 2000*, Siglo XXI Eds., México, 1973.
- Excelsior*, "Es un mito la unidad del III Mundo", 30 de enero de 1981, sección cultural y financiera.

Gunder Frank, Andre. "Retórica y realidad del Nuevo Orden Económico Internacional", en *Desarrollo Indoamericano*, núms. 51 y 52.

Levinson, Charles. *Capital, inflación y empresas multinacionales*, Ed. Ariel, Barcelona, 1976.

Mandel Ernest. *The Second Slump*, N. L. B., Londres, 1979.

Maza Zavala, D. F. "El tercer mundo y el nuevo orden económico internacional", en *Desarrollo Indoamericano*, núm. 65.

*Revista de Comercio Exterior*, varios números.

Wright, Erik. "Alternative Perspectives in Marxist Theory of accumulation and Crisis" en *The Insurgent Sociologist*, vol. vi, núm. 1, 1975.

SUMMARY: The economic crisis of world capitalism is more than a momentary or fleeting phenomenon: it is a crisis of capitalism's very own international structure, provoked in large part by the developed capitalist world itself. The international monetary crisis must be seen as both symptom and effect of the current world crisis. The interest of the developed nations, particularly the United States, is to impose a new International Economic Order to preserve their hegemony. It is in this light that the emergence of the World Bank and the International Monetary Fund must be understood.

RÉSUMÉ: La crise économique capitaliste se présente comme quelque chose de plus important qu'un simple phénomène temporel ou conjoncturel; il s'agit d'une crise des propres mécanismes et des structures internationales créés par le monde capitaliste développé. La crise du système monétaire international peut être considérée simultanément comme cause et effet dans le contexte de la crise mondiale actuelle. C'est l'intérêt des pays industrialisés, tout particulièrement de l'impérialisme Nord-américain, qu'impose un *nouveau ordre économique international* pour préserver leur hégémonie. Dans ce sens, on peut expliquer l'adéquation de certains instruments et institutions tels que la Banque Mondiale et le Fonds Monétaire International.